

ARTÍCULO DE OPINIÓN

“El G20 de Sudáfrica: entre la promesa global y la realidad que no se firmó”



Dr. Gorki Aguirre Ph.D.

El Johannesburgo dejó en noviembre de 2025 una postal ambigua: 19 firmas sobre el papel, dos sillones vacíos y un texto de 40 páginas que habla de “transición justa”, “protección social universal” y “financiamiento climático ampliado”. El G20 volvió a repetir el ritual: grandes titulares, apretón de manos y la sensación “cada vez más fuerte” de que el mundo avanza por inercia mientras la crisis se acelera. América Latina, convidada de piedra en la mesa de las decisiones, escucha las promesas y calcula distancias: ¿cuánto de eso llegará realmente a los Andes, al Amazonas o a la Puna?

El texto final del G20, titulado, con esa prosa que suena a declaración de buenas intenciones: **“Hacia un futuro resiliente, equitativo y sin carbono”**, contiene tres ejes que nos afectan a todos: **Clima y biodiversidad:** se reafirma el límite de 1,5 °C, se fija un nuevo piso de financiamiento “a ser definido” para después de 2025 y se adopta íntegro el Marco de Kunming-Montreal, con lo que la meta de proteger el 30 % de tierras y mares para 2030 pasa a ser también tarea del G20.

Minerales críticos: se lanza la “Alianza por la Minería Responsable”, un código de conducta voluntario para el litio, el cobalto y el cobre que promete cadenas de valor “limpias” y menos dependientes de un solo país. Chile, Argentina, Bolivia y Perú concentran el 60 % de las reservas mundiales de litio: la región puede ser ganadora si logra agregar valor local antes de que el norte global decida “diversificar” a su modo.

Protección social universal: por primera vez aparece como objetivo explícito del G20, con un anexo que habla de transferencias digitales, cobertura sanitaria y sistemas de pensiones “resilientes al cambio climático”. Suena a chino para los 47 millones de latinoamericanos que hoy subsisten sin cobertura alguna, pero al menos el concepto quedó plasmado.

Veinte líneas más abajo del parágrafo sobre “justicia climática” se esconde el vacío: no hay cronograma, no hay sanciones, no hay mecanismo de apelación si los fondos prometidos nunca llegan. Estados Unidos no llegó a la sala, peor aún firmar; Argentina emitió un comunicado seco: “Esta decisión argentina responde al quiebre de las reglas de consenso que rigen el funcionamiento del G20, así como a diferencias sustantivas en las consideraciones geopolíticas contenidas en el texto”, la frase suena a excusa diplomática, pero encierra una verdad incómoda: el Sur global firma cheques que el Norte no puede cambiar.

La no-firma de dos miembros reduce la fuerza política del texto. Reduce, no anula: los 19 restantes siguen obligados moralmente a reportar avances en la COP30 de Belém (2026) y a rendir cuentas

ante sus propios parlamentos. El problema es que, sin los EE. UU., el mayor emisor histérico, y sin Argentina, tercer productor mundial de litio, la foto del consenso se ve menos multicolor de lo que anuncian los titulares. Brasil logró que apareciera la palabra “bioeconomía”; México coló una mención a la “protección de migrantes ambientales”; Argentina se plantó en el “no”. Ninguno habló por la región, porque la región, esa entelequia que los economistas llaman “América Latina” no existe como actor colectivo dentro del G20. La fragmentación tiene costos: cuando se discute el precio del litio o la tasa de interés que pagaremos por los bonos verdes, los negociadores latinoamericanos llegan solos y llegan tarde.

¿Cuánto podríamos ganar si, por una vez, Chile, Bolivia y Argentina presentaran una plataforma única sobre litio sostenible? ¿O si Brasil, Ecuador, Colombia, Bolivia, Venezuela, Guayana, Surinam, Guyana Francesa y Perú exigieran juntos un fondo amazónico con reglas claras de acceso? El documento de Sudáfrica abre la puerta: habla de “alianzas regionales” y de “plataformas de commodities limpias”. Pero, sin coordinación previa, la puerta se vuelve a cerrar. Quedan tres tareas para los próximos cinco años: **Dinero real, no volátil**: la promesa de superar los \$100.000 millones anuales debe traducirse en líneas de crédito accesibles y fondos no reembolsables para adaptación. América Latina necesita \$140.000 millones de dólares adicionales por año hasta 2030 para cumplir sus propias metas de carbono cero; el G20 puede ser el altavoz que convenza a los bancos multilaterales de relajar las garantías soberanas que hoy encarecen el préstamo verde. **Minería con reglas locales**: respeto total a las normas estableciendo el principio de respeto a la naturaleza. El código voluntario de “minerales críticos” será papel mojado si los países productores no imponen estándares propios: royalty ambiental, cuotas de contenido local y precios de referencia que eviten la vorágine de los commodities. El litio no debe convertirse en el nuevo cobre: exportar toneladas de valor mineralizado para importar baterías caras. **Protección social que proteja**: la idea de un “piso social universal” puede ser la puerta de entrada a ingresos básicos anticíclicos, transferencias digitales y sistemas de alerta temprana para desastres climáticos. La región ya tiene la infraestructura de datos (70 % de adultos con cuenta móvil); falta la voluntad política de financiarlo con los ahorros fiscales que hoy se fugan en venta de combustibles con intermediarios, para regresarlos convertidos en productos finales como las gasolinas, el no cobro o bajos porcentajes de impuestos a las salidas de capitales, o a la inversión extranjera.

Cuando el siglo XXI sea una fotografía desgastada, probablemente no recordemos quién firmó o dejó de firmar en Johannesburgo 2025. Recordaremos, en cambio, si logramos detener la explotación Amazónica en el punto de inflexión, si el litio o las tierras raras se convirtió en escala o en esclavitud, si los jóvenes de hoy encontraron trabajo digno en la transición limpia o emigraron hacia el norte que se niega a cumplir sus propias promesas.

El documento del G20 no es mentira; es un espejo. Refleja la ambición global y la impotencia local. América Latina puede quedarse mirando o puede usarlo como mapa: sabemos dónde queremos llegar, ahora necesitamos decidir —y pronto— si vamos juntos o seguimos firmando individualmente el futuro que no se cumple.

Autoría:

Dr. Gorki Dimitrov Aguirre Torres Ph.D.
Director Instituto Internacional de Ciencias Políticas
ICPI-UTEG